

¿Contradecir la sociedad de mercado implica conspirar contra la democracia? ¿No contradecirla es ser cómplice de sus desbordes? Entre ambos extremos, este artículo propone la reflexión y el análisis: los aplausos excesivos nunca son buenos, cualquiera sea el sistema al que estén dedicados.

CONVIENE NO APLAUDIR MUCHO AL BAILARÍN

Mario Vargas Llosa pasó por Mendoza hace unos dos años. Vino no como el escritor que todos hemos admirado, sino como predicador de un orden basado en la libertad de mercado y, por ende, en la democracia capitalista. Entre sus propuestas figuró un ataque a la escuela pública, con aquello de que todo padre tiene el derecho de enviar a sus hijos adonde considere más conveniente, en una total libertad de elección que culmina incluso con el maestro particular. Esa libertad de opción recuerda mucho la afirmación "la ley prohíbe por igual a ricos y pobres dormir bajo los puentes".

En estos días me encuentro con otra variante de su prédica, expresada en un artículo publicado en el Diario de las Américas, el 12 de abril, con el título de *El Sobreviviente*. Dedicado a Árpád Göncz, presidente de la República de Hungría, el texto hace un homenaje a ese hombre que padeció la cárcel y la irracionalidad de un régimen que no soportaba a los intelectuales independientes. Göncz es un ejemplo, junto con Václav Havel, "... de escritores impermeables al hechizo de la utopía colectivista". Quienes se hechizaron y vivieron de los aplausos de esos regímenes elevan a menudo voces nostálgicas. Puesto que hay un costo social "inevitable" por la reconversión de la economía, viejos amigos le aseguraron a Vargas Llosa que "... no faltan ahora intelectuales que añoran en voz alta los tiempos en que los libros eran tan baratos como el pan, se hacían tirajes de cien mil ejemplares de la mejor literatura y los locales de los teatros de arte no cerraban para convertirse en Mc Donald's o en Sex-Shops".

Y viene luego la pregunta que abre la reflexión hacia donde nuestro autor se dirige siempre en estos escritos: ¿Es ésa la verdadera razón de la irremediable propensión de tantos escritores hacia las dictaduras sociales? La respuesta se abre a través de la cita de un ensayo de Robert Nozick titulado *¿Por qué rechazan el capitalismo los intelectuales?*

Cito: "La explicación de Nozick es astuta y original. Los escritores suelen detestar el capitalismo (no sólo los de izquierda, también los derechistas como Yeats, Eliot y Pound) por el trauma que generalmente experimentan al pasar de la escuela a una vida social regulada por el mercado... El choque es terrible cuando descubren que, en la sociedad de mercado, los grandes premios, el éxito, nunca coronan a los verbalmente brillantes. El sistema capitalista no funciona según aquel principio, que sí rige en las escuelas, según el cual el mérito intelectual confiere prestigio y poder. Prestigio y poder premian, en una sociedad de mercado, a quienes satisfacen más y mejor las mayores demandas de los consumidores que

ese mercado hace evidentes y, entre aquéllas, nunca, o muy rara vez, figuran las de índole filosófica o literaria."

Entonces, relegado a esa condición, tales traumatizados escritores dirán: "Si eso es democracia ¡muera la democracia!"

La retórica de Vargas Llosa es de una enorme habilidad. Si uno lo contradice se hace sospechoso de portar el trauma y de conspirar contra la democracia. Pero, si uno no lo contradice, corre el riesgo de hacerse cómplice de desbordes que apuntan a la libertad del intelectual. Porque, para no portar el trauma, para no resultar sospechoso de antidemocrático, es necesario aceptar esta sociedad de mercado en todas sus dimensiones, incluso en su "costo social inevitable" y aplaudirla hasta convertirse en "bufón de lujo" como el de los estados totalitarios.

Los aplausos excesivos nunca son buenos, estén dedicados al sistema que sea.

¿Qué sucede cuando uno se niega a aplaudir y esboza un análisis no nostálgico de totalitarismos, sino de escándalo ante tanto escándalo? ¿Qué sucede cuando uno protesta ante el "costo inevitable", cuando se permite sostener la función crítica del intelectual? Como entiendo que la escuela es mencionada en sentido amplio, se incluye en ella a la universidad desde la cual suelen lanzarse críticas dignas del mayor de los traumas.

Planteados para atacar a los regímenes totalitarios, los argumentos se desbordan hacia todo lo que provenga de la escuela y hacia posibles críticas a este paraíso del mercado que gozamos en la actualidad. A la astucia de Nozick se suma la astucia de Vargas Llosa: lo que no está en favor del mercado está contra él. Y como el mercado es el eje de la democracia, la sospecha de actitudes antidemocráticas puede extenderse a todo lo que proviene de y se genera en la escuela.

Ninguna nostalgia de totalitarismos me invade al escribir estas líneas (los que vivieron nuestros países latinoamericanos a lo largo de décadas no premiaron precisamente a los intelectuales). Tampoco el anhelo de dejar brotar a través de las palabras mis traumas escolares. Hablo como intelectual y universitario y defiendo mi derecho a la crítica, sin pretensión de alzarme en guía o en conciencia de nadie. Si es ésta la anhelada sociedad de la libertad, todavía queda mucho por cambiar, mucho más de lo logrado. No estamos para sumarnos a aplausos desaforados.

Una de las lógicas de los medios, y del mercado, es el aplauso. Es difícil para un intelectual resistir un aplauso prolongado en exceso. También del lado capitalista tiene sentido para algunos intelectuales un dicho africano:

"Conviene no aplaudir mucho al bailarín, porque puede perder el paso".

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Argentina, 25 de abril de 1998